

había prohibido al pueblo de Dics? ¿los tres niños hebreos en la corte del rey de Babilonia, no tendrían mas que unos pueriles temores, cuando prefirieron la santa simplicidad de las viandas permitidas al favor de un soberbio monarca? ¿y los libros santos que han consagrado con elogios la fe y el valor de estos antiguos justos, no habrían hecho mas que ensalzar con magníficos elogios un escrúpulo vano y pueril?

¡Ah! ¿quién sois vosotros para tener por puerilidad lo que los santos han tenido por fortaleza y grandeza? ¿acaso tenían ellos ideas menos nobles y menos sublimes de la majestad de la religion que vosotros? ¿estaban menos instruidos en la fe y en la dignidad de sus preceptos, cuya inteligencia solo se concede á los que los aman y observan? ¿eran acaso espíritus débiles los que tuvieron fuerza para vencer al mundo, y los que fueron mas prudentes que toda su prudencia? ¡En qué excesos no se cae por cegarse acerca de la infraccion de esta santa ley! Os haceis impíos para ser con mas tranquilidad trasgresores.

Por eso casi no han quedado ya señales de esta ley en el mundo; este sagrado tiempo apenas se distingue de los demás tiempos del año, sino en las mas frecuentes instrucciones que nosotros hacemos á los fieles. El luto solamente está en nuestros templos; aunque los ministros lloran entre el vestíbulo y el altar, la penitencia de estos santos dias no existe mas que en el lenguaje de la Iglesia. En lo exterior, los placeres, los juegos, las pasiones, los espectáculos, y aun los excesos de los banquetes, subsisten del mismo modo.

Id á las islas remotas, dice el espíritu de Dios; mirad aquel pueblo infiel, enemigo de Jesucristo, y que está en posesion de los sagrados lugares en donde en otro tiempo se cumplieron todos sus misterios; entrad en aquellas pro-

fanos ciudades en el tiempo destinado á la celebracion de sus ayunos: ¡qué recogimiento! ¡qué abstinencia! ¡qué purificaciones! ¡qué oraciones! ¡qué rigor en la observancia! ¡qué penas impuestas por la ley de su falso profeta, que es su ley pública, contra los transgresores, si es que se halla alguno! En lo exterior todo anuncia allí sus dias de ayuno y de abstinencia, y en medio de nuestras ciudades, al mismo tiempo que nos preciamos de ser el pueblo escogido y nos tenemos por la nacion santa, no se ven ni aun las mas leves señales de ella, y el único espectáculo que nos acuerda el establecimiento de la ley, es el grande número de los que la quebrantan. Buscad una sola familia en la que se observe universalmente la Cuaresma; buscad en el mundo una mesa que no esté cubierta de manjares prohibidos y en la que no se halle algun infractor del precepto. No basta violarle; lejos de ocultar su vergüenza y su trasgresion en el recinto de la familia, se quebranta públicamente; llevamos á nuestras casas cómplices de nuestra desobediencia; la autorizamos con nuestro ejemplo, los obligamos muchas veces con persuasiones, y como si no fuera bastante el delito de la infraccion, añadimos el del escándalo.

Decidnos ahora que esto no es un punto muy esencial. ¿Os parece poco el mudar las costumbres públicas, el rebelaros contra la Iglesia, el separaros como un anatema de todo el cuerpo de los justos, el no valeros de los socorros que os ofrece la religion, el ser ocasion de ruina y escándalo para vuestros hermanos; en una palabra, contribuir en cuanto está de vuestra parte á la relajacion de las costumbres y á la extincion de la fe y de la piedad entre los fieles?

Ved aquí, amados oyentes míos, unos motivos bastante poderosos para determinaros á que mudéis de vida. Pero

juntemos tambien á ellos la cruz y el ejemplo de Jesucristo que nos pone la Iglesia á la vista en estos dias de salud.

MOTIVO TERCERO.

¿Puede por ventura seros inútil este grande espectáculo? El precio de su sangre que ha borrado los pecados del mundo y que va á derramarse con mas abundancia sobre vosotros, ¿podrá dejaros aún cubiertos de delitos y manchas?

Porque, católicos, su cruz es el único patrimonio que dejó á su Iglesia, y así, es preciso que participemos de su cáliz si queremos participar de su gloria y de su inmortalidad. Este es el espíritu de nuestra vocacion y el fundamento de nuestra esperanza. Fuera de esto nos distinguimos de las naciones infieles que no conocen á Jesucristo. Quitad de su moral las máximas de cruz, la mortificacion, la humildad, la abnegacion de sí mismo, el desprecio del mundo, el huir de los placeres, y todo lo demás nos puede ser comun con los filósofos que enseñaban una doctrina prudente, distante de los excesos y vicios.

Es, pues, la cruz de Jesucristo la que constituye el mayor distintivo de los cristianos y el único camino de salvacion que Jesucristo vino á manifestar á sus discípulos. ¿Pero cómo participamos de ella? ¿qué tenemos de comun con Jesucristo crucificado? ¿nuestras obras, nuestros pasos, nuestros desamparos, nuestros trabajos, nuestros placeres, nuestros temores, nuestras esperanzas están señaladas con el sello de la cruz? ¿en qué parte de nuestra vida se halla esta saludable señal?

Bien sé que el mundo nos provee de cruces y aflicciones, que nuestras mismas pasiones nos las proporcionan, y que

andamos discurriendo cómo formárnoslas nosotros mismos; pero estas son unas cruces del antojo, son el castigo de las pasiones y no el remedio de nuestros delitos; son funestas consecuencias del vicio y no frutos penosos de la virtud. ¿Pero dónde se halla en nuestras costumbres la cruz de Jesucristo? ¿qué es lo que padecemos por agradarle? ¿en qué nos oponemos á nuestras pasiones, á nuestro génio, á nuestro gusto, á nuestros deleites ni á nuestras inclinaciones para poder aspirar al título de discípulos suyos? ¿dónde está la cruz que llevamos y sin la que es preciso renunciar á Jesucristo? Llevamos sobre nosotros la cruz de nuestros delitos, la cruz de nuestras pasiones, la cruz de nuestra ambicion, la cruz de nuestros rencores y envidias, esto es, la cruz del mundo y del demonio. ¡Ah! la de Jesucristo no es tan pesada ni amarga, y con todo eso, la arrojamos de nosotros; la de Jesucristo hace felices á los que la llevan, y nosotros la tememos; la de Jesucristo suaviza á la misma cruz del mundo, y nosotros preferimos esta á aquella; la de Jesucristo es precio de la eternidad, y nosotros la despreciamos.

¡Qué locura, católicos! ya que no podemos evitar las cruces en la tierra, hagamos á lo menos que nos sean útiles; ya que es preciso que padezcamos por parte de nuestras pasiones, sea á lo menos reprimiéndolas para que nos sean útiles nuestras violencias; ya que es preciso que hallemos amarguras en la vida, aprovechémonos de ellas y hagámoslas amarguras de penitencia para no perderlo todo. Ya que es preciso que cueste trabajo el servir al mundo como el servir á Jesucristo, padezcamos por Dios lo que padecemos por el mundo; el trabajo será el mismo, pero la recompensa muy diferente.

¡Pero qué digo, católicos, que el trabajo será el mismo!

El Señor aligera el yugo que se lleva por él, y el yugo del mundo es un yugo de hierro que mortifica y oprime; las violencias de la cruz están mezcladas de mil consuelos, y las del apetito no tienen mas premio que otras nuevas. Los sacrificios de la gracia calman el corazón, y los de las pasiones le despedazan. Las santas inquietudes de la penitencia dejan al alma en paz y en alegría, y las agitaciones del pecado la turban y consumen. Las espinas de la virtud llevan consigo la suavidad y el remedio, y las del vicio dejan el aguijón en la conciencia y el gusano roedor que nunca muere. En una palabra, los rigores del Evangelio hacen felices á los hombres, y los disgustos del mundo hasta ahora no han hecho mas que miserables.

Las gracias que han de correr desde la cruz de Jesucristo os ofrecen, pues, amados oyentes míos, un recurso que acaso no hallarán vuestros delitos en otro tiempo, y aun las oraciones de la Iglesia mas largas y mas penetrantes hacen que durante esta santa carrera esté el cielo mas propicio á los pecadores.

MOTIVO CUARTO.

Los suspiros de esta Esposa casta que en este tiempo no se ocupa mas que en la conversión de sus hijos, que solamente aumenta la triste armonía de sus cánticos para llamar la atención y las misericordias del Señor sobre los escándalos que la afligen, abren los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Todo el cuerpo de los justos que ora y siempre es oído, hace que el Señor esté mucho mas atento á las necesidades de la Iglesia y á las miserias de nuestras almas.

No hablo de los ayunos, de las maceraciones ni de las

austeridades que practican los verdaderos fieles en estos dias de salud, las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiación para reconciliarle con su pueblo, ni de tantas almas justas que castigan su carne con el ayuno y el retiro, y cuya voz, como la de la sangre inocente, sube hasta el trono de Dios, no para solicitar sus venganzas, sino para atraer sus misericordias. ¡Ah! si sola Judith en Israel, afligiendo su alma con la ceniza y el cilicio, reconcilió al Señor con su pueblo y apartó de él los efectos de su indignación y de su ira, ¿qué no debemos esperar nosotros de tantas almas fieles que derramadas por toda la tierra ruegan en este santo tiempo por vosotros, y ofrecen al Señor sus ayunos y sus maceraciones para alcanzar el perdón de vuestras culpas? ¿qué no debéis esperar de tantos santos pastores que ofrecen sus almas y sus trabajos para reengendraros en Jesucristo? ¿de tantos anacoretas penitentes, de tantas vírgenes puras que en lo interior de su retiro gimen como la paloma, desarmen el brazo del Señor dispuesto á caer sobre nosotros, y mudan sus rayos en rocíos de bendición y de gracia? ¿Cuántos socorros ofrece la religión á vuestra flaqueza? ¿qué puertas no os abre la bondad de Dios para que entreis en el seno de su misericordia y de su clemencia?

Pudiera tambien añadir las instrucciones que os ha de dar la Iglesia por boca de sus ministros. ¡Ah, católicos! si en otro tiempo solamente el leer la ley de Dios, casi olvidada entre los judíos, renovó á toda Jerusalem; si todo el pueblo se deshacia en lágrimas, si los mismos grandes y sacerdotes, movidos de la hermosura y de la magnificencia de los divinos preceptos, renunciaron á las alianzas profanas y despidieron las mujeres extranjeras, ¿qué poder no debe tener para con vosotros el celo de tantos ministros que van á anunciaros las palabras de vida eterna? ¿qué movimien-

tos no excitarán en vuestros corazones si no los cerrais vosotros á la ley de Dios, las máximas santas y sublimes del Evangelio, acompañadas de toda la fuerza y de todo el terror de nuestro ministerio?

Sí, católicos, la verdad tiene unos encantos de que apenas puede libertarse un buen corazón. Las reglas de la fe están llenas de nobleza y de equidad. Fuerzan á favor suyo á una razón sana y pura, traen á su partido, tarde ó temprano, á un entendimiento capaz y despejado. Las pasiones pueden cegarle por algun tiempo, la edad puede engañarle, los malos ejemplos pueden arrastrarle, las conversaciones de la impiedad y del libertinaje pueden perturbarle; pero por último, la luz de la verdad rompe la nube, y el peso y solidez de la religion toman en un buen talento el lugar de la vanidad que le habia divertido. Cansado de haber corrido tanto tiempo tras de los sueños y quimeras, desea la verdad y la realidad, y no la halla sino en la religion, en la verdad y en la magnificencia de sus promesas. Solamente un talento falso y superficial puede perseverar hasta el fin en la ilusion. El mundo no puede engañar siempre sino á unos hombres sin reflexion y sin talento. Y reparad en que el mismo mundo tiene por tales á los que en todo el discurso de su vida no han sabido separar algunos dias para emplearlos en asuntos tan importantes y poner algun intervalo entre la vida y la muerte; el amor á las cosas frívolas, que al principio habia sido motivo de nuestros aplausos, luego que ya no le excusa la edad nos viene á hacer despreciables.

No resistais, pues, á Dios, amados oyentes míos, que en este tiempo de propiciacion os franquea tantos medios de salud; no os opongais á tantos esfuerzos como va á hacer la Iglesia para atraeros á una vida mas pura y mas cristia-

na; no os obstineis en perecer cuando todo se dispone con ansia para libertaros del naufragio. ¿Qué otra cosa se necesita mas para determinaros á poner fin á vuestros desórdenes y á mudar, por último, una vida que os cansa, de la que el mundo murmura, cuya inutilidad, aun acaso la indecencia y ridiculez conoceis vosotros mismos? ¿qué mas puede hacer el Señor? El os mueve con secretos remordimientos, y vosotros resistís á los santos movimientos de la gracia; os ofrece todos los socorros de la religion y no os aprovechais de ellos; junta en vuestro favor todas las oraciones de la Iglesia y vosotros las inutilizais con vuestra impenitencia; hace que venguen en estas cátedras cristianas las promesas y las amenazas formidables de la ley, y aunque su espíritu las graba en vuestros corazones, en el instante siguiente se disipan de ellos. ¿Qué mas puede todavía hacer? ¿castigar vuestros delitos y los de vuestros semejantes con calamidades públicas, derramar sobre vosotros el terror de su ira, como en otro tiempo sobre aquellas ciudades que atrajeron sobre sí su indignacion con los excesos de sus disoluciones y de sus iniquidades? Este, católicos, era el único recurso que quedaba á la misericordia de Dios para movernos; aunque nos hablaba en lo íntimo de nuestros corazones, era en vano, y así nos castiga para que le escuchemos.

MOTIVO QUINTO.

Como hemos llenado la medida de nuestros delitos, parece tambien que atraemos sobre nuestras cabezas su indignacion. Nuestros enemigos nos insultan, los hijos de Amalec vencen al pueblo de Dios, nuestro antiguo valor parece que se ha mudado en cobardía, nuestras fronteras están

abiertas, aquellos muros inaccesibles en que poníamos nuestra confianza, se hallan derribados; nuestros vecinos, que antes apenas estaban seguros en sus mas distantes fortalezas, parece que meditan ya la conquista de nuestras provincias y que reparten entre sí anticipadamente nuestras tierras y casas; la justicia de nuestras armas parece que solo sirve para quitarlas la fuerza y la victoria; la paz, que en otro tiempo estaba en nuestra mano, se aparta mas y mas de nosotros, y cuanto mas la deseamos, se nos hace mas difícil; el azote de la guerra y de la desolacion derrama el luto y la miseria sobre nuestras ciudades y campos; el pueblo gime con el peso de las cargas que la desgracia de los tiempos hace indispensables; la Francia, que en nuestros primeros años vimos tan floreciente, se halla ahora sepultada en una profunda y amarga tristeza, y nuestros enemigos, tan envidiosos en otro tiempo de nuestras prosperidades, apenas pueden ereer nuestras desgracias y pérdidas: ¿de qué proviene esta mudanza, católicos? Ya lo he dicho; la ira de Dios se derrama sobre nuestros delitos, la enormidad de éstos ha llegado ya hasta el trono de sus venganzas; el Señor nos mira desde lo alto de su eterna morada, como dice al profeta: *Prospexit de excelso sancto suo.*¹ Ha visto las abominaciones que hay entre nosotros; los fieles sin buenas costumbres, los grandes sin religion, y aun los mismos ministros sin devocion, las mujeres sin honestidad y sin pudor, haciéndose abominables con unas indecencias de que se hubieran avergonzado los siglos de nuestros padres y que llegan á ofender la vista de aquellos mismos á quienes pretenden agradar: *Prospexit de excelso sancto suo.*

1. Psalm. 101. v. 20.

Ha mirado desde lo alto del cielo y ha visto los adulterios y las abominaciones exaltadas en medio de su pueblo, los robos y las injusticias revestidas con títulos y dignidades públicas; los desórdenes y excesos mas terribles autorizados con grandes ejemplos; un lujo monstruoso é insensato crecer y aumentarse con la pública miseria; los teatros hechos lugares de prostitucion con el desorden declarado de aquellas desgraciadas víctimas á quienes van á oír los concurrentes, y las públicas costumbres convertidas en públicos escándalos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió el engaño, la ambicion, el cisma y la enemistad que deshonoraban su santuario. Los mismos ministros de la paz, divididos entre sí; la defensa de la virtud hecha el pretexto de las venganzas personales; el celo encendido por un vil interés; llamadas las pasiones en defensa de la religion que las condena; la devocion mudada en lucro y en una indigna hipocresía, y este reino, que en otro tiempo era la defensa de la fe y la porcion mas pura de su Iglesia, que ha venido á ser, por la licencia de las conversaciones y la impiedad de los dictámenes, el mas horroroso teatro de los filósofos é incrédulos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió á un piadoso soberano rodeado de una corte relajada, y al cortesano, que siempre habia sido entre nosotros imitador de su príncipe, hecho secreto censor de sus acciones: vió aborrecida la devocion del monarca, multiplicarse los delitos al paso que éste los reprime, y que el peligro á que se expone el escándalo aviva el gusto en los excesos: vió disfrazarse la ambicion con apariencias de virtud para granjearse los favores del soberano; enriquecerse la hipocresía con los beneficios destinados á la recompensa de la virtud, y mas afrentada